



La danza con Dios

No apaguen el Espíritu, no desprecien las profecías, sométanlo todo a prueba, aférrense a lo bueno, eviten toda clase de mal. Que Dios mismo, el Dios de paz, los santifique por completo...

1 Tesalonicenses 5:19-23



Tomar decisiones hace parte de la vida diaria. Grandes o pequeñas debemos enfrentarlas cada día. Y las decisiones que tomamos cada día le dan forma a nuestra vida y a la de nuestros seres queridos. Sabemos que por medio de ellas hacemos la diferencia.

Tomamos decisiones en el hogar —cuando compramos una casa, pensamos en mudarnos de un lugar a otro o queremos reformar nuestra vivienda—. Tomamos decisiones familiares —sobre la educación, algunos gastos importantes, las opciones de asistencia médica o sobre cómo reaccionamos ante una crisis—.

Tomamos decisiones en el trabajo, cualquiera que sea nuestro llamado —podemos estar en algún ministerio de la iglesia, en los negocios, las artes, la administración pública o la educación—. Tomamos decisiones

cuando aceptamos un cargo, cuando estamos en medio de una determinación importante relacionada con el trabajo, o cuando nos preguntamos cómo actuar ante una situación crítica con un colega; podría ser contratar o despedir a alguien, o renunciar en medio de un conflicto.

En la casa y el trabajo, constantemente tomamos decisiones y sabemos que en tales situaciones necesitamos la sabiduría y la dirección de Dios.

Si incursiono más allá de la casa y el trabajo, constantemente estamos tomando decisiones en cada dimensión de nuestra vida. Si nos equivocamos al decidir no podemos vivir provechosamente. No podemos seguir a Cristo con integridad, a menos que nuestras decisiones y elecciones reflejen ese compromiso.

En lo más profundo de cada uno de nosotros existe el deseo de escoger bien, de hacer lo correcto, de actuar con sabiduría, amor, verdad y justicia. Anhelamos todo esto, en parte, porque le tememos a las consecuencias que surgen de las malas decisiones. Pero también deseamos agradecer a Dios y anhelamos hacer lo correcto por las personas a quienes amamos y servimos. La única manera de poder superar nuestra necedad y malas consecuencias es aprendiendo a decidir correctamente.

Por lo tanto, la capacidad de decidir bien, de escoger sabia y confiadamente, es una habilidad fundamental para la vida y el ministerio cristiano. Pocos comportamientos son tan decisivos como evidencia tanto del crecimiento y la madurez espiritual, como el hecho de poseer esta habilidad. Las personas sufren innecesariamente como resultado de tomar malas decisiones. La provisión y la dirección de Dios están disponibles para ayudarnos; tenemos las palabras de las Sagradas Escrituras y la sabiduría de quienes vivieron antes que nosotros en la historia de la Iglesia.

La sensación de vulnerabilidad en tiempos de decisiones se acentúa para quienes vivimos en la ciudad. En medio del ajetreo y el ruido, nos volvemos perplejos y confundidos de un día para otro por las múltiples decisiones que se nos imponen. El discernimiento es una habilidad vital, sobre todo para los cristianos que viven en las zonas urbanas y tienen que afrontar tantas situaciones competitivas y exigentes cada día. Más aún, debido a que somos peregrinos, necesitamos mucho el discernimiento. La persona promedio que vive en la ciudad se muda cada tres años. Por lo tanto, debemos afrontar cambios en el trabajo, el lugar de residencia y en otros aspectos de nuestra vida. La única esperanza para mantener la cordura es saber que, de alguna manera, podemos hablar con Dios, nuestro amoroso pastor, escuchar su voz, y reconocer que Él nos guía en medio del alboroto que nos rodea.

No tiene sentido que un cristiano viva en constante ansiedad y preocupado si ha tomado la decisión correcta o si se ha estancado por una decisión que era inevitable. No debemos hacer de la indecisión una camisa de fuerza, ni vivir cambiando de opinión continuamente sobre las decisiones que ya hemos tomado. Si queremos vivir en paz y salud interior en este complejo mundo, debemos tomar decisiones confiadamente y vivir en paz con relación a ellas. Sin duda, la Biblia es clara en afirmar que nuestro Dios espera guiarnos y darnos seguridad sobre el mañana. Naturalmente, como cristianos debemos vivir de manera confiada, porque hemos sido llamados a vivir en comunión con el Dios vivo.

Es por esta razón que, para alcanzar la madurez cristiana, es esencial desarrollar la habilidad de discernir. Pero así como ante cualquier habilidad, se requiere de tiempo y paciencia si queremos llegar a aprender y a dominar el oficio, el discernimiento acompaña el crecimiento en sabiduría y madurez. Así como los hijos necesitan la

dirección de sus padres, los nuevos cristianos necesitan la dirección de creyentes maduros mientras crecen en la fe.

Diferentes puntos de vista sobre la dirección divina.

En los círculos evangélicos surgieron recientemente dos antagónicas perspectivas sobre la dirección divina, ambas con buena aceptación entre los creyentes. Me refiero a ellas más detalladamente en el capítulo siete, pero considero útil identificarlas ahora para ser claro en mi enfoque sobre esta materia.

La escuela esquemática. La primera se puede denominar como el enfoque "esquemático". Este planteamiento ve a Dios como alguien que tiene un plan perfecto o un esquema para la vida de cada persona. Para determinar la voluntad de Dios, se enfocan sobre las señales y el consejo externos a fin de que ayuden al individuo a determinar el plan y el propósito perfecto de Dios. Aquellos que aceptan este planteamiento asumen que sólo existe un plan perfecto para cada individuo y que esta voluntad perfecta se puede descubrir reconociendo las señales, o lo que usualmente se denomina las "puertas abiertas".

Mi inquietud frente a esta perspectiva radica en que, por lo visto, se menosprecia una convicción trascendental personal, la cual es el énfasis central de este libro: *La presencia y la voz de Dios en los tiempos de decisiones*. El contraste es evidente de inmediato. Creo que ante una decisión, ciertamente necesitamos consejo y examinar las circunstancias pero, sobre todo, escuchar la voz de Dios.

La escuela de la sabiduría. Una segunda perspectiva que ha ganado bastante aceptación en los últimos años se enfoca en la sabiduría que Dios concede a los cristianos. En su libro: *Nuestras Decisiones y la Voluntad de Dios*, Gary Friesen presenta una crítica apremiante sobre el planteamiento esquemático para la dirección divina. Afirma que Dios no

espera que su gente busque señales y puertas abiertas, ni siquiera que escuche suaves voces en su mente. Más bien, piensa él, que por medio de las Escrituras la mente del creyente se renueva. Que mientras profundizamos en la revelación de las Escrituras, desarrollamos y crecemos en sabiduría, y nos volvemos cada vez más competentes para tomar buenas decisiones.

Una respuesta a estas perspectivas

Estos dos puntos de vista, aunque aparentemente opuestos, me causaron una inquietud similar. Me parece que en ambos casos Dios se encuentra lejos del proceso de tomar decisiones. Las personas de la "escuela esquemática" buscan señales y examinan circunstancias. En esencia, las personas de la "escuela de la sabiduría" confían en sus propias habilidades para tomar decisiones. Sin embargo, en todo esto debemos preguntarnos qué lugar ocupa Dios. Y existe toda una corriente del pensamiento cristiano la cual asegura constantemente que durante los tiempos de decisiones podemos y debemos escuchar a Dios: Él está presente, Él habla, y podemos, si queremos, escuchar y responder a su invitación.

Algunos rechazan esta posición de manera absoluta. Estas personas ven que la idea del Dios que le habla a su gente, ha sido violada de muchas maneras. Han escuchado a personas que atribuyen sus acciones, muy discutibles, a una voz que les habla en su mente. Nosotros los cristianos protestantes usualmente retrocedemos y afirmamos que debemos escuchar la Biblia. Los cristianos católicos, por otro lado, tienden a afirmar que deben escuchar a la Iglesia. Ambos grupos dicen que no podemos confiar en una emoción subjetiva; quizás la única esperanza es depender de una evidencia objetiva, ya sean las Escrituras o la Iglesia.

Pero, ¿no es ésta una reacción exagerada? ¿Existe alguna sensación clara a lo largo de las Escrituras, y evidente

en la vida de muchos creyentes a través de la historia de la Iglesia, en la cual Dios, de hecho, ha estado presente cuando afrontamos los momentos de decisiones? La Biblia afirma de principio a fin que Dios es el pastor de su gente. Y un pastor guía. Es oportuno que los cristianos entonen las palabras del gran himno galés: "Guíame oh tú, gran Jehová, porque soy peregrino en esta tierra árida". El mundo es desalentador. Las decisiones que enfrentamos pueden ser muy confusas. Sin embargo, no estamos solos. Dios está con nosotros en cada momento de nuestra vida, en particular en las situaciones críticas cuando debemos tomar decisiones. Muchos individuos descritos en la Biblia, pero también muchas personas en la historia de la Iglesia, han tenido un encuentro específico y directo con Dios, una seguridad con relación a sus propósitos y su voluntad.

Abraham debía dejar su casa y dirigirse a Canaán. El joven Samuel dijo: ...*Habla, que tu siervo escucha...* (1 Samuel 3:10). Inclusive tenemos el ejemplo cuando Dios habló por medio de una asna (Números 22:21-23). Dios escogió hablar concretamente, en situaciones particulares durante la historia de su pueblo. Y continuó hablando. Si examinamos la vida de los apóstoles, encontramos suficientes casos que ilustran el trabajo inmediato del Espíritu. Todo el libro de Hechos testifica sobre una destacada sensibilidad a la voz de Dios que dirige, guía y estimula. Felipe fue conducido por un ángel y luego por el Espíritu Santo a un camino al sur de Jerusalén, donde se encontró con un etíope. Pablo fue conducido hacia Ananías, en Damasco, a través de un mensaje proveniente de Dios. De igual manera Pedro, en una visión, fue orientado para que fuera a la casa de Cornelio. La iglesia de Antioquía (Hechos 13) fue guiada a escoger a Pablo y Bernabé para el servicio apostólico. Durante el ministerio público de Pablo, se ofreció orientación directa y específica. En algunas ocasiones, como en Tesalónica,

los apóstoles huyeron del peligro; en otras, fueron convencidos por el Espíritu sobre la importancia de quedarse y predicar a pesar del peligro, como ocurrió en Corinto (Hechos 18).

No obstante, para muchos una pregunta permanece sin respuesta: ¿Podemos también nosotros, los cristianos urbanos del siglo XXI, tener una dirección precisa de parte de Dios? Si es así, se lo debemos sólo al día de Pentecostés. Es únicamente porque el Espíritu de Dios le ha sido dado a la Iglesia y a cada uno de los creyentes. El Espíritu reprende, corrige y trae convicción de pecado. El Espíritu consuela, alivia y anima. Y el Espíritu guía, dirige y revela la voluntad de Dios.

Algunos han hecho declaraciones exageradas con relación a la dirección de Dios. Ellos la trivializan al afirmar que les ha dado instrucciones específicas acerca de innumerables situaciones. Hablan constantemente de las ocasiones cuando el Señor les ha dicho esto o aquello. Nosotros, molestos por esas actitudes, reaccionamos con escepticismo. Sin embargo, no debemos rechazar por completo esta providencia, por el hecho de que se haya abusado de la voz o la invitación del Espíritu, el cual es un regalo extraordinario otorgado por Dios.

Escribo esto con la convicción de que podemos conocer la voluntad de Dios, no simplemente de manera general, sino en un sentido específico y existencial con el fin de tomar decisiones que determinen el curso de nuestra vida. Más adelante responderé ampliamente a otras perspectivas y dudas. No obstante, mi opinión básica es que nosotros podemos encontrar, conocer y escuchar a Dios. No insinúo la existencia de un esquema o un plan perfecto para nuestra vida que debemos descubrir y seguir. Reconozco las limitaciones de esta perspectiva y las voy a tratar. Pero cuestionarla no significa que debemos arreglárnoslas por nosotros mismos. Más bien, vivimos

y actuamos como hombres y mujeres que tienen la opción de una comunión personal e íntima con el Dios vivo.

La amistad con Dios

Entonces, ¿cuándo y cómo habla Dios? ¿Debemos vivir esperando sus mensajes directos? Podemos afirmar que Él proporciona palabras específicas a sus hijos en los momentos críticos de su vida. Sin embargo, sus palabras en situaciones específicas no son la norma ni aún para quienes dicen en las Escrituras que recibieron una palabra directa de Él. Si vivimos buscando constantemente estas directrices, pronto comenzaremos a proceder con descuido o a abusar del regalo de su presencia y su voz.

Entonces, lo que necesitamos es un modelo para entender el contexto y la base de la dirección de Dios en nuestra vida. La oportunidad más favorable para empezar es vivir el principio de la *amistad con Dios*. Tenemos el potencial para tener una relación única, personal y dinámica con Él, —no como siervos, sino como amigos— y es por esta relación como encontramos su voluntad y le obedecemos.

Esto significa por lo menos dos cosas: Primero: que no debemos defendernos solos con nuestra sabiduría, y segundo: que cuando buscamos la voluntad de Dios, no estamos siguiendo órdenes a ciegas. Nos encontramos con Él como seguidores y amigos, como hombres y mujeres cuyos deseos, voluntad, personalidad, problemas y relaciones son importantes. Es decir, que estas cosas le importan a Él, quien llega a nuestro encuentro como Señor y como amigo. Nuestro encuentro con Él es la reunión de dos voluntades, ambas libres.

De hecho, en ocasiones la voluntad de Dios ha sido comunicada de manera sorprendente porque es muy específica. Pero en la narrativa bíblica, el interés principal

para cada destinatario era la comunión con Él, no se trataba de unas directrices específicas provenientes de Él. Dios no sólo le habla a sus hijos, sino que lo hace desde la posición ventajosa y extraordinaria de un amigo. El discernimiento y la dirección surgen del encuentro entre el creyente y Dios. Él nos habla. Pero, además, sale a nuestro encuentro como un amigo, como alguien con quien tenemos comunión y compañerismo. Esta perspectiva de amistad con Él nos proporciona un modelo importante para el discernimiento y la dirección.

Como amigos de Dios, sabemos que Él puede hablar-nos, y de hecho lo hace. También, que nos encontramos con el Dios soberano en el misterio de la relación personal, pero no debemos atrevernos a exagerar la naturaleza de esta amistad o cuán específica ha sido esta dirección. No podemos abusar del regalo de la presencia y la voz de Dios. No obstante, podemos afirmar con confianza que Él está con nosotros y nos habla.

Las encrucijadas en nuestra vida, los momentos de decisiones, son oportunidades para encontrar y conocer más profundamente a Dios, y para entendernos a nosotros mismos con mayor exactitud. Este conocimiento propio surge de un encuentro con Él. No llegamos solos a los momentos críticos de nuestra vida. Llegamos como hombres y mujeres que caminamos con Dios, lo conocemos y vivimos con la seguridad de que nos conoce. No nos encontramos con Él de igual a igual. Dios es Dios. Pero somos personas libres invitadas por Él a tener comunión con Él.

El conocimiento de este discernimiento y dirección es sutil y complejo. No existe una voluntad clara que debemos descubrir, pues no se trata simplemente de aplicar unos principios a la vida. Existe una relación personal e íntima —una realidad que puede complicar el asunto—. Pero esto trae a la vez mucha libertad. Actuamos ante Dios

y con Dios como hombres y mujeres que hemos sido transformados por el encuentro con Él. El hecho de vivir nuestra vida basados en este encuentro, le da energía y gozo a nuestras experiencias diarias y al proceso de tomar decisiones.

Implicaciones de una amistad discernidora

Conocer el discernimiento y la dirección trae consigo tres implicaciones importantes.

1. El discernimiento está relacionado con toda nuestra experiencia cristiana, no se trata de un segmento aislado, de un momento decisivo. Debemos vivir nuestra vida, en su totalidad, como una respuesta a la Palabra de Dios. Discernir es hallar el mensaje dentro de la Palabra de Dios, el mensaje específico para nosotros como individuos, como seres que buscamos conocer y vivir mediante la Palabra. No podemos aislar una decisión particular del resto de nuestra vida, con el fin de buscar la dirección de Dios. Ernest E. Larkin lo describe bien en su libro *Silent Presence*: "El discernimiento nunca se puede llevar a cabo exitosamente si es sólo un acto ocasional ajeno a la vida diaria de una persona. Nosotros discernimos mientras vivimos, y vivimos mientras discernimos".¹

Soy una persona integral. Cualquier decisión que tome debe considerarse dentro del contexto de mi vida entera. Mi objetivo, entonces, no es sólo discernir en un momento crucial y decisivo, sino más bien *ser una persona discernidora*. Pablo nos habla de ser transformados mediante la renovación de la mente para que podamos discernir cuál es la buena, agradable y perfecta voluntad de Dios (Romanos 12:1-3).

1. Ernest Parking, *Silent Presence: Discernment as Process and Problem* (Denville, N.J.:Dimension, 1981), Pág. 28.

2. Este enfoque también presume que el discernimiento nace de nuestras oraciones. Nuestra amistad con Dios se mantiene por medio de la oración, y es en ella donde encontramos su voluntad y sus propósitos, y donde le permitimos hablar a nuestra voluntad, entender nuestros motivos, conocer nuestros deseos y establecer nuestras prioridades. Nada es tan importante para nuestra formación espiritual como cultivar la oración.
3. La comprensión del entendimiento y de nuestra relación con Dios, basada en la amistad, supone que no llegamos al encuentro con Él de una manera puramente pragmática. A menudo nos expresamos como si lo único que Dios tuviera para nosotros fuera trabajo, y que si hablamos con Él, nos dará más responsabilidades y probablemente algunas que preferiríamos no realizar. Esta perspectiva es una tergiversación utilitaria de Dios. Para Él, es más importante la relación que los logros. El discernimiento, entonces, es la oportunidad para profundizar nuestra relación con Dios, con el fin de que nuestras acciones en el mundo surjan de la comunión con Él. Su voluntad y amor para con nosotros no nace de una relación interesada. Él nos ama no porque puede utilizarnos, sino porque Él mismo nos creó. Nos llama amigos.

El modelo de la amistad con Dios asume los fenómenos de dos voluntades y dos libertades, la de Dios y la mía, en continua concomitancia. Pero mi respuesta ante Él, y en particular ante su voluntad, debe ser de sometimiento. Somos amigos, pero no estamos de igual a igual con Él. Su voluntad necesariamente debe ser prioritaria. Dios es Dios. Vivimos nuestra experiencia cristiana sometiéndonos y respondiendo a su amor y a su voluntad.

Pero la voluntad de Dios no es arbitraria ni autocrática. Ésta se compara con los movimientos de la persona que

sirve de guía en una danza de patinaje sobre hielo. En dicha actividad, como en cualquier otra forma de baile, debe haber un líder. Una persona lidera y la otra acompaña. La persona que acompaña no se queda inactiva o inmóvil, sino que se involucra por completo en los movimientos. Hay un toma y dame, el punto y el contrapunto. La pareja que acompaña ejerce una voluntad personal en el baile. El patinador líder no arrastra a la pareja de un lado a otro sobre el hielo. Más bien, la genialidad de este baile radica en que mientras uno lidera, el otro acompaña en completa armonía. Ambos están totalmente involucrados en el asunto.

En realidad el discernimiento, en toda la experiencia cristiana, es como una danza con Dios. Él, en su amor y santidad, nos invita a tener un diálogo, una conversación, una relación que implica no sólo el sometimiento, sino también una participación de nuestra voluntad y nuestra libertad con Él.

Aún así, en nuestra limitación y mortalidad, también debemos reconocer que existen ciertos límites en el acto de discernir. Muchas personas están completamente convencidas de que Dios les habla a sus hijos. Sin embargo, los que aceptamos de buena gana esta evidencia interior necesitamos valorar los límites de nuestra seguridad y confianza con un mensaje proveniente de Dios. Puede suceder que sobreestimemos o le hayamos restado importancia a su voz y estímulo. Nunca tendremos absoluta certeza con relación a cualquier cosa que hagamos, aparte de lo que es moralmente bueno o malo. Como lo subraya Larkin, el discernimiento únicamente nos da la seguridad interior de que estamos actuando "en el Señor". Nos asegura únicamente que está involucrado en lo que hacemos, y que nuestro corazón y mente actúan en respuesta a un encuentro profundo con Él. Nuestro discernimiento no nos conduce a respuestas absolutas, infalibles e irrefutables, sino únicamente a una seguridad de que estamos

viviendo y trabajando en respuesta a Él.² Aun así, ésta es la misma confianza que estamos buscando. Tenemos paz porque estamos danzando con Dios.

Aprendiendo de los maestros

Los cristianos sabios aprenden de los maestros. Cuando buscamos desarrollar la habilidad del discernimiento, podemos aprender de nuestros antecesores. Ellos nos pueden ayudar a darle sentido a las Escrituras. Pero aún más, nos pueden ayudar a entender nuestra propia experiencia.

Muchos de los temas tratados en la historia de la Iglesia pueden ser ilustrativos para nosotros; sin embargo, a lo largo de esta reflexión sobre el discernimiento me voy a referir regularmente a cuatro momentos particulares o instancias en la historia de la Iglesia, cada una de las cuales es útil de una manera diferente a medida que buscamos entender la habilidad de escuchar a Dios en los momentos de decisiones. Primero: las percepciones de Martín Lutero y Juan Calvino son muy importantes, pues ellos se enfrentaron con varios conceptos cuando lideraron la Gran Reforma. Segundo: abarcaré con profundidad las ideas de Ignacio de Loyola, quien de muchas maneras es una autoridad única en el tema del discernimiento. Después, haré referencia a los pensamientos de Juan Wesley, quien amplió considerablemente el conocimiento de la Iglesia sobre la evidencia interna del Espíritu. Finalmente, haré alusión a escritores del último siglo, entre ellos, dos que pertenecen a mi tradición espiritual: A. B. Simpson y A.W. Tozer, así como también a Thomas Merton y Thomas Green.

La experiencia de estos diferentes autores es notable, aunque no infalible. Aquellos que nos antecieron han

2. *Ibíd.*, Págs. 58-59.

cometido errores, y aprendieron probando y fallando. No obstante, su peregrinaje es invaluable para nosotros a medida que nos apropiamos de su sabiduría y de sus planteamientos mientras respondemos al texto bíblico. En muchos aspectos veo este libro como un intento de reunir la sabiduría acumulada de aquellos que nos precedieron.

Quiero hacer una última observación antes de concluir el primer capítulo. El enfoque de este estudio es el discernimiento personal. Reconozco plenamente la necesidad de una reflexión sobre el discernimiento colectivo, sobre todo en la vida de la Iglesia. Nosotros podemos y debemos aprender a reconocer las huellas del Espíritu en la vida y el testimonio de las comunidades cristianas donde nos reunimos a adorar. No obstante, mi hipótesis es que aprendemos a discernir dentro de la Iglesia y en el mundo cuando, *inicialmente*, aprendemos a reconocer la presencia, el trabajo y la voz de Dios en nuestras propias vidas.

